

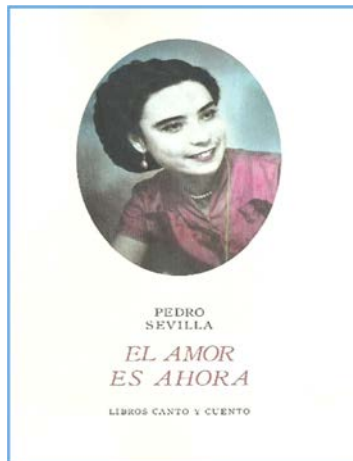
Enfermedad y dolor en “El amor es ahora” de Pedro Sevilla***Illness and pain in “El amor es ahora” by Pedro Sevilla******Doença e dor em “El amor es ahora”, de Pedro Sevilla******Francisco Herrera-Rodríguez¹***

¹Catedrático E.U. de la Universidad de Cádiz (jubilado) (Historia de la Enfermería y Fundamentos e Historia de la Fisioterapia).

Correspondencia: Santo Domingo de la Calzada, 11-3º A. 11012-Cádiz.

Orcid: [ht0000-0001-5358-0756](https://orcid.org/0000-0001-5358-0756) Correo electrónico de contacto: fraherod57@gmail.com

Cómo citar este artículo: Herrera-Rodríguez, F. (2021). Enfermedad y dolor en “El amor es ahora” de Pedro Sevilla. *Cultura de los Cuidados* (Edición digital), 25(59). Recuperado de <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2021.59.04>



Pedro Sevilla (2019). El amor es ahora. Jerez de la Frontera (Cádiz): Libros Canto y Cuento. Primera edición. ISBN: 978-84-120357-8-0

Recibido: 16/12/2020 Aceptado: 13/01/2021



RESUMEN

Pedro Sevilla, escritor de Arcos de la Frontera (Cádiz), es fundamentalmente poeta, pero también cultiva la novela y la memoria, como es el caso de “El amor es ahora”, obra en la que reflexiona sobre la relación con su madre, pero también sobre el dolor ocasionado, en el seno familiar, en su entorno o en su persona, por enfermedades como el alzhéimer, el sida, el cáncer, la leucemia, o el alcoholismo y la heroína.

Palabras clave: Pedro Sevilla; literatura; memorias; enfermedad; “El amor es ahora”.

ABSTRACT

Pedro Sevilla, a writer from Arcos de la Frontera (Cádiz), is fundamentally a poet but he also cultivates the novel and the memory, such as “El amor es ahora”, a work in which he reflects on his relationship with his mother and also about the regret caused, within the family, in his environment or in his own person, by diseases such as Alzheimer, AIDS, cancer, leukemia, or alcoholism and heroin addiction.

Keywords: Pedro Sevilla; literature; “memoirs”; illness; “El amor es ahora”.

RESUMO

Pedro Sevilla, escritor de Arcos de la Frontera (Cádiz), é fundamentalmente um poeta, mas também cultiva o romance e a memória, como é o caso de “El amor es ahora”, obra em que reflete sobre a sua relação com mãe, mas também sobre as dores causadas, no seio da família, no ambiente ou na pessoa, por doenças como Alzheimer, AIDS, câncer, leucemia ou alcoholismo e heroína.

Palabras chave: Pedro Sevilla; literatura; memorias; doença; “El amor es ahora”.

A Juan Manuel Fernández, librero en la Plaza de Mina de Cádiz, que me dio a conocer hace ya algunos años la obra del poeta Pedro Sevilla

El poeta Pedro Sevilla nació en Arcos de la Frontera en el año 1959, al día de hoy es autor de una amplia obra que abarca varios géneros literarios, siendo la matriz de toda su literatura la poesía, incluso cuando escribe en prosa. Su vida está muy vinculada a esta tierra, que ha dado poetas muy notables como Julio Mariscal Montes (1922-1977) o Antonio Hernández (1943), entre otros. En cuanto a la obra poética de este autor arcense encontramos títulos como “Y era la lluvia, amor” (1990), “Septiembre negro” (1992), “Sendero luminoso” (1994), “La luz con el tiempo dentro” (1995), “Tierra leve” (2002); en 2009 apareció una antología poética de su obra con el título “Todo es para siempre” y en 2018 publicó su poesía completa “Para cuando volvamos (1992-2018)”. Ha cultivado también la novela con títulos como “Extensión 114” (2000), “1977” (2002) o “Los relojes nublados” (2014). En el ámbito de la autobiografía, o memorias, se encuentran títulos como “La fuente y la Muerte” (2011) o “El pueblo, ya sabéis” (2018), aunque en las novelas citadas aflora la memoria como nudo poético de la narración.

También ha publicado “Diez de Julio” (1990), antología y estudio de uno de los poetas que considera como maestro fundamental de su vida y obra: Julio Mariscal Montes. Sobre este poeta dio a la luz un ensayo, “Julio Mariscal, treinta años después”, en la revista “Campo de Agramante” (2007), disponible en edición digital. Pedro Sevilla, en diversas ocasiones, y también en este libro que glosamos, ha subrayado el magisterio que ha ejercido en él

José Mateos, poeta jerezano, que ha cuidado esta edición de 150 ejemplares de “El amor es ahora”. Sevilla ha escrito también artículos en algunas revistas, periódicos y suplementos culturales de la provincia de Cádiz.

Como decimos, en la obra de este escritor, que habita en ese lugar tan privilegiado de la Sierra de Cádiz, que otea cada día desde la Peña de Arcos el discurrir de un río mítico como el Guadalete, la raíz y la sustancia es poética; poesía que entiende como:

“...un compromiso, un destino, una religión, (...) un poeta no debe aspirar a la felicidad ni a la Consejería de Cultura de la Junta, sino que tiene que sentarse a esperar, con dolor, con angustia, lo que casi siempre se ha ido antes de llegar”.

Pedro Sevilla, según sus palabras, ha aprendido de José Mateos, la necesidad de que el poeta no estorbe a la poesía, “...que la poesía brille por sí misma y no por las hazañas de su escribano”. Por eso, en su obra, siempre encontramos un discurrir poético, un río de pasado y presente que se amasa con la memoria y la vida. “El amor es ahora”, y otras obras del autor, entroncan con la autobiografía y las memorias, sí, sobre todo por su tono confesional, a veces expiatorio, también con el diario íntimo. Siente que “escribir es sembrar” y que todo ocurrió hace siglos, así lo expresa en el poema “Todo es para siempre”:

“Mi infancia también fue hace muchos siglos,

y alguien tiró las bardas

de piedra y sol, y se fue octubre.

Pero nada termina y esta tarde actual

siento la plenitud del tiempo que no cesa...”

Él sabe bien, como le enseñó su maestro Julio Mariscal, que la obra, que “la verdadera poesía no consigue serlo hasta que

deja de ser de uno para ser del lector”. En su caso, no cabe duda de que es así, porque su madre Angelina, su hermano Juanito José, el amigo alcohólico y el que muere en la cama, las enfermedades padecidas por él como el cáncer de colon o la leucemia, calan en nuestra conciencia y cambian la vida del lector, o al menos de este lector que junta aquí y ahora unas cuantas palabras para recomendar vivamente sus libros, como éste que glosamos que vio luz en 2019. Libro lleno de claridad y de emoción, donde el dolor y las enfermedades marcan el cauce poético por el que navega el autor.

En “El amor es ahora” aparecen las cuitas, las aventuras literarias y políticas del autor, incluso anécdotas de la vida cotidiana relacionadas con amigos y conocidos, pero emerge como un sol al amanecer la madre, Angelina, que ya versificó en un hermoso poema que aparece en “Tierra leve” (2002):

“No quiero, madre mía, explicar nada,

ni para mí la gloria dudosa de este arte

que se nutre del miedo: los diplomas,

los premios literarios,

son mentiras de oro que no habrán de moverme.

Si escribo es porque tengo

una duda con tus ojos de lluvia;

para que llores menos, si es posible,

y digan los del pueblo:

esa vieja de luto es la Angelina,

que le ha salido un hijo que hace versos

y escribe en los periódicos.”

En la literatura, en general, aparecen cartas, versos y prosas al padre, a la madre o al hijo; libros y poemas memorables como, por ejemplo, “Carta al padre” (Kafka), “Coplas a la muerte de su padre” (Manrique), “La casa encendida” (Rosales),

“Mortal y rosa” (Umbral) o “La hora violeta” (Sergio del Molino). Si empezamos a leer “El amor es ahora” por el final, encontraremos una carta del poeta Pedro Sevilla a su madre que ha muerto, Angelina, después de haber padecido esa despiadada enfermedad que asola a las personas, a las familias y a los días, el alzhéimer, esa enfermedad que altera los estados cognitivos, psicológicos y la conducta de las mujeres y de los hombres. Esta carta es uno de los textos más hermosos que han pasado por mi vida de lector, sólo esta carta justifica tener entre las manos este libro lleno de amor y tiempo; una carta “sellada con un beso y sin dirección ni fecha, porque ya eres eterna”:

“Querida madre: No sé dónde estás ahora porque la muerte no es un lugar ni un tiempo, pero sé que te llegará mi carta y la leerás con la misma emoción y expectación que leías las que te enviaba desde la Cataluña perdida, o las que mi padre te remitía desde Alemania, que unas veces te acongojaban y otras te llenaban el corazón de alas, de alegría azul como tus ojos”.

Alois Alzheimer anotó los naufragios de la memoria de Auguste D, llegó hasta su cerebro con el microscopio para entender el desastre que habitaba en sus neuronas, esas neuronas que Cajal poéticamente llamó las mariposas del alma, mariposas achicharradas y ennegrecidas que hacen que los recuerdos se diluyan en el aire buscando los páramos del olvido, que intercambian a los parientes en las fotografías y en la vida, y a veces, hacen resonar bofetadas que no se sabe de dónde salen, o sí, como aquella que le dio María Teresa León a Rafael Alberti, o como aquel día que Angelina nombra a su adorado hijo Juanito José como “Uno que se murió”.

Ahí está la pasión científica de Alois Alzheimer con la desdichada vida de Auguste D, que vivió poco más de 50 años, y aquí en “El amor es ahora” está el amor de

Pedro a Angelina, que desaprende las letras, que “necesita que alguien vele su sueño”, que necesita que alguien la vista y la lave o que le den una moneda para depositarla con alegría en la bolsa de la cuestación parroquial durante la misa, pero que sobre todo necesita que alguien la abrace como Sor Modesta, la monja mozambiqueña, que la abrazaba porque “abrazaba a Dios”:

“Ahora me asfixio y lloro viendo a mi madre hundirse en los pantanos del Alzhéimer, observando como los lagos azules de sus ojos se van ennegreciendo de lagunas de nada, enturbiándose de soledad y olvidos”.

Esa madre, Angelina, como tantas mujeres de la Sierra gaditana, pensaba que para doblegar el sarampión padecido por sus hijos lo mejor “era abrigo con algo rojo”. Abrigar con algo rojo, en ese trance vírico, a su Pedro y a su Juanito José. Ese Juanito José que la heroína y el sida agarraron fuerte hasta llevárselo por delante a mediados de los 90, en los años de plomo, cuando todas las metáforas del sida, recopiladas por Susan Sontag, aplastaban a los enfermos y a las familias, despreciados, humillados y en muchas ocasiones aislados socialmente:

“Mi hermano había pertenecido a una generación estafada, sin información, que había entrado en el desapacible y desquiciante mundo de la droga aleccionado por los cuatro sabihondos de siempre, esos que tienen siempre la boca llena de libertad y otras altisonancias”.

Esos muchachos “que acunaron a la heroína en sus brazos”, que tan bien reflejó Francisco Castro en su novela “Generación perdida”, y que Pedro Sevilla, con dolor de hermano, rescató del olvido en una novela contando la historia de Juanito José: “Extensión 114”, novela llena de memoria, de sombras y luces, como “La montaña mágica” de Thomas Mann o “Esta salvaje oscuridad” de Harold Brodkey. El tiempo

del dolor, de la heroína, del sida y de los hospitales como islas a la deriva:

“La «Extensión 114» es un avión infectado, iluminado, varado en un cielo que es siempre el mismo, que es cielo y es azul aunque ahora, por noviembre, toma el color y la frialdad de una cubertería de plata.

La nave, amarrada en la tercera planta del hospital, amarrada en la altura, tiene algo de Arca de Noé. En todo caso tiene algo de nave extraterrestre, sensación que acrecientan los uniformes de médicos y enfermeras, asépticos, azules, blancos, purísimos, como si estuviesen lavados en agua bendita (...).

En la «Extensión 114», al caer de la tarde, cuando la serpiente de alquitrán que lleva a la Costa comienza a tragarse al sol llenando los cristales de luz sanguinolenta, los enfermos se reúnen en una habitación del fondo para fumar y comentar la jornada, las fiebres y las paranoias de la jornada. La habitación, a la luz del sol moribundo, se llena de humo enrojecido como si estuviesen fumando en el infierno”.

Susan Sontag dio claves certeras para entender lo que sucedió con el sida, aquello de persona infectada igual a persona equivocada, que aún añadía más soledad y dolor a los enfermos y a las familias:

“Da la impresión de que las sociedades tuvieran necesidad de alguna enfermedad para identificar con el mal, que culpe a sus víctimas”.

Si nos hemos detenido en la novela “Extensión 114” es porque indefectiblemente los pasadizos de la memoria y del tiempo nos conducen a este libro que glosamos “El amor es ahora”. Los vasos comunicantes no son solo para los tratados de Física, sino que también de manera imperceptible y silenciosa nos conducen por el tiempo, por la memoria fijada con mordiente o amor en los libros, en libros como “La fuente y la muerte”:

“De los dos mi hermano era el más noble, tan parecido a mí y tan lejano. También en los hombres la vida se copia, se recrea y salta de un rostro a otro. Éramos muy parecidos y a veces, en mis elucubraciones, me he preguntado si no éramos un mismo yo que se comparte entre dos seres. Lo digo porque desde su muerte me siento demediado, medio muerto, y a veces me parece que estoy en la orilla porque nos intercambiamos, porque hay asuntos que él tramitaría con más nobleza y entonces yo paso a su muerte, me quedo muerto en su sitio, centinela de su eternidad, mientras él hace la gestión y vuelve”.

Así podemos transitar, también, de “La fuente y la muerte” a “El amor es ahora” en el que en la memoria de Pedro reaparece su lucha contra el cáncer de colon y la leucemia, todo mezclado con los pasillos de los hospitales, los quirófanos, la canción de Demis Roussos (“Bailaremos”), los pinchazos en las venas, la quimioterapia, los cuartos de aislamiento, el amor callado y presente de Josefa, la pérdida del pelo, o también cuando un espejo devuelve la imagen de Pedro y de Juanito José:

“La primera vez que fui a la barbería después de la operación me sorprendí en el espejo con la cara de mi hermano Juan José (...). Mirarse a un espejo, que normalmente es un acto amable, puede convertirse en algo terrorífico cuando nos enfrenta a nosotros mismos, o cuando nos enseña nuestro rostro en la muerte, el rostro que compartimos con un hermano muerto. El cáncer y el sida nos habían trabajado el rostro y nos habíamos convertido en los gemelos que no éramos, y sentado en el sillón tuve el convencimiento, absolutamente sereno, de que era mi hermano, de que yo era mi hermano muerto y había acudido a la barbería. Mi hermano y yo nos mirábamos, nos reunificábamos, y el barbero, que no sabía que estaba cortando el pelo a un cadáver, venga a preguntarme por mi estado de salud, cuando el vivo, el

realmente vivo, no estaba allí, ante el espejo, sino a saber dónde”.

Esos vasos comunicantes del tiempo pasado y del presente, nos permiten ver una manifestación amarga y dura del dolor cuando refleja la enfermedad de Juan José en “Extensión 114”:

“El dolor es tan denso, tan omnipotente, que lo acapara todo, lo anula todo. El dolor es como la masa de los agujeros negros: impide que la luz viaje”.

En cambio, cuando Pedro Sevilla escribe sobre sus enfermedades, en “El amor es ahora”, después de muchos padecimientos, pinchazos y llantos, escribe:

“Ahora tengo claro que el dolor ennoblece, que su tenaza ha forjado mi mejor metal y que todo debo transformarlo en amor, en entrega. Sigo luchando, claro. Pero luchando, sobre todo para que la enfermedad y el dolor no me sustraigan la capacidad de agradecer tanto bien, de darle las gracias a la vida. El amor es ahora, madre, y con él, con todo el amor que he cosechado llorando, te envío esta esquelita...”.

Pedro Sevilla cuando escribe de sus enfermedades afirma que el contacto con el dolor lo ha dignificado y lo ha acercado a la belleza del mundo, a la indulgencia y a la bondad, “pero ha de ser una bondad sin fines, una bondad doméstica, sin siglas ni preceptos”. Alguna vez que otra hemos recordado aquello que afirmaba Laín Entralgo:

“...el evento de enfermar es un mal a la vez biológico y biográfico, del cual es posible obtener algún bien”.

En esta línea de la lucha, de la esperanza y de obtener algún bien se encuentra, por ejemplo, la obra “Vivir a pulso. Diez relatos de superación y vida” (2017), prologada por Valentín Fuster, en la que autores como Luis

Mateo Díez, Bernardo Atxaga, Marta Rivera de la Cruz, Fernando Aramburu, Lorenzo Silva, Mercedes Salisachs, José María Merino, Gustavo Martín Garzo, Soledad Puértolas y Juan Manuel de Prada, cuentan las historias de personas que “a pesar de las enfermedades que padecen, convierten sus experiencias en inspiradores ejemplos de superación”. Pero también se debe recordar que no todo el mundo reacciona ante la enfermedad grave de la manera apuntada, con fe y esperanza, eso lo saben bien los sanitarios, sino que otras personas no están dispuestas a soportar el dolor y la enfermedad, en ese sentido se podrían recordar casos muy concretos, pero ahora me viene a la memoria el libro de Juan José Millás, “Vidas al límite” (2012), en el cual se recoge una crónica titulada “Son 15 minutos. Dejas de respirar. Y fuera”, en la que se cuenta la historia de un hombre de 66 años con un quiste radicular entre la S2 y la S3, “cerca de los esfínteres de la orina y de los excrementos”. La historia de un hombre llamado Carlos que quiso dejar constancia de su suicidio.

En las páginas de “El amor es ahora” se refleja también el particular infierno de los enfermos de alcoholismo, contando la historia de un hombre que busca a Pedro Sevilla, después de haber leído un artículo suyo sobre los padecimientos de estas personas que son incapaces de recordar lo que hicieron el día anterior, y así un día y otro, el alcohol es la obsesión de la mañana a la noche. La sensibilidad y la empatía del autor hacia estos enfermos parte también del ámbito familiar, o sea nuevamente el pasado y la memoria en acción. De esta relación entre el escritor que ha pasado por la dureza extrema del cáncer y el hombre que lo busca para hablar, y que se propone cada 24 horas no probar ni una gota de alcohol, así durante 20 años, surge la oportunidad de que el poeta asista a una reunión de Alcohólicos Anónimos:

“He formado parte de muchos colectivos humanos, pero en ninguno he sentido con tanta intensidad la piedad entre los hombres, la conmiseración, la solidaridad, el afecto, como en estos grupos de Alcohólicos Anónimos donde la gente lucha apoyándose en el hombro de otro, para mantenerse sobrio veinticuatro horas y después otras veinticuatro horas. Hombres y mujeres desesperados, desahuciados de la medicina, apartados de una sociedad que no entiende su mal -o lo entiende como perversión moral- y que se reúnen en las catacumbas de un colegio para contarse sus vidas anegadas por el alcohol”.

Un viaje a las catacumbas, como los cristianos que “proclamaban allí su religión de luz”, o los poetas que escriben “en las catacumbas del lenguaje” y los alcohólicos que “se abrazan y lloran en los bajos de un colegio de primaria que les ha cedido el Concejal de Educación del Ayuntamiento”. No se olvide que el poeta de Arcos de la Frontera también ha escrito una novela en la que demuestra su compromiso y conocimiento sobre esta enfermedad, “Los relojes nublados” (2014), título del que se ha señalado que “es la metáfora del tiempo sin tiempo de un alcohólico obsesionado con la memoria”.

En algunas de las páginas de “El amor es ahora” late un profundo mensaje cristiano de amor y de solidaridad, al igual que sucede en “El pueblo, ya sabéis”, libro éste que algunos pueden tener la tentación de calificar de castizo por su veta popular; una vez superada esta simplificación y este prejuicio, el lector podrá adentrarse en pasajes en los que a la luz de la memoria se rememora la infancia, con una prosa llena de claridad, belleza y emoción; libro en el que como no podía ser de otra manera, tratándose de Pedro Sevilla, aparecen recuerdos proustianos de la madre en una procesión de Semana Santa, seguramente en los años sesenta:

“Mi madre sólo pudo rozar el paso con sus manos de niña y arrancar una matita de romero de la canastilla. Me la dio a oler en su misma mano y ahora, mientras escribo esto, huelo aquel romero y huelo el jabón honrado de las manos de mi madre”.

En este mismo libro señala su sentimiento sobre el dolor y una visión cristiana de la vida:

“La resurrección, el hombre nuevo, la humanidad que supera el dolor y renace, que asume su dolor y se engrandece y ennoblece con él. La humanidad, en fin, que sabe que la muerte no puede tener la última palabra”.

En “El amor es ahora”, cuando escribe de sí mismo, como persona que ha padecido cáncer, y de su amigo que lucha cada día contra el alcoholismo, escribe lo siguiente:

“...éramos dos resucitados que se miraban cara a cara, que se condecoraban uno a otro mirándose a la cara porque incluso después de la resurrección necesitamos a los demás para ser verdad. Aunque Dios nos diga levántate y anda, no será verdad si no hay unos ojos mirándonos”.

Pedro Sevilla afirma que gracias a las enfermedades (“al dolor convertido en combustible moral”) y a los maestros, su vida y su poesía han rebrotado con savia nueva. Entre estos maestros destaca a dos: Julio Mariscal, poeta con el que comparte la claridad, la emoción y un pueblo, además de un profundo conocimiento de su obra, y José Mateos, del cual reivindica de su poesía las interrogaciones, los destellos y los asombros (“...ese instante que nos saca del tiempo”). Un José Mateos que escribe, en el prólogo a “La fuente y la muerte”, palabras esclarecedoras sobre la obra de Pedro Sevilla:

“Porque las memorias de Pedro Sevilla son, sobre todo, poesía y están hechas con un material tan frágil que parecen siempre a punto de quebrarse; están hechas con unos

recuerdos que van a desvanecerse de un momento a otro y con unas pocas palabras corrientes y desgastadas, pero tan exactas y delicadas como los hilos luminosos de una bombilla”.

No se pierdan, por favor, a este gran escritor, a este gran poeta, sean cristianos o no; no se pierdan su literatura porque es de las más notables y honestas de las letras españolas. Si no han leído su obra, es ésta una buena ocasión para empezar con “El amor es ahora”.



Figura 1: El escritor Pedro Sevilla en el salón de actos de la Biblioteca Pública Provincial de Cádiz [Presentación de “Para cuando volvamos. Poesía completa 1992-2018”]. (Fotografía: F.H.R., 3-XII-2018).



Figura 2: El escritor Pedro Sevilla y la periodista María Ángeles Robles en el salón de actos de la Biblioteca Pública Provincial de Cádiz [Presentación de “Para cuando volvamos. Poesía completa 1992-2018”]. (Fotografía: F.H.R., 3-XII-2018).

BIBLIOGRAFÍA

Castro, F. (2011). *Generación perdida*. Cangas do Morrazo: Pulp Books.

Herrera, F. (2011). *Las enfermedades de Sísifo. Reflexiones sobre literatura, medicina y enfermedad*. Cádiz: Imprenta Rimada.

Laín, P. (1987). La enfermedad humana. En: Albarracín Teulón, A. (dir.) *Historia de la enfermedad* (pp. XI-XVII). Madrid: Saned.

Mateos, J. (2016) Prólogo. Dos palabras. En: Sevilla, P. *La fuente y la muerte (Memorias)* (pp. 7-9). Sevilla: Editorial Renacimiento.

Millás, J.J. (2012) *Vidas al límite*. Barcelona: Editorial Seix Barral, S.A.

Sevilla, P. (1990). *Diez de Julio. Antología y estudio de la obra de Julio Mariscal Montes*. Arcos de la Frontera: Ayuntamiento de Arcos de la Frontera.

Sevilla, P. (2000). *Extensión* 114. Cádiz: Quorum Libros Editores.

Sevilla, P. (2002). *1977*. Cádiz: Quorum Editores.

Sevilla, P. (2002). *Tierra leve*. Sevilla: Editorial Renacimiento (Paréntesis).

Sevilla, P. (2007). Julio Mariscal, treinta años después. *Campo de Agramante*, 8, 39-56. Recuperado de <http://www.cervantesvirtual.com/ndfark:/59851/bmch72c6> (Consultado el 6 de mayo de 2020).

Sevilla, P. (2011). *La fuente y la muerte (Memorias)*. Sevilla: Editorial Renacimiento.

Sevilla, P. (2014). *Los relojes nublados*. Sevilla: Ediciones Espuela de Plata.

Sevilla, P. (2017). *El pueblo, ya sabéis*. Jerez de la Frontera: Libros Canto y Cuento.

Sevilla, P. (2018). *Para cuando volvamos. Poesía completa 1992-2018*. Sevilla: Editorial Renacimiento.

Sevilla, P. (2019). *El amor es ahora*. Jerez de la Frontera: Libros Canto y Cuento.

Sontag, S. (1989): *El sida y sus metáforas*. Barcelona: Muchnik Editores.

VV.AA. (2017): *Vivir a pulso. Diez relatos de superación y vida*. Barcelona: Alfaguara y Clínica Universidad de Navarra.

